

## LA CONCIENCIA LINGÜÍSTICA EN EL VIAJE DE TURQUÍA

EMMA MARTINELL GIFRE  
*Universidad de Barcelona*

El *Viaje de Turquía* (1558) lleva, en la edición manejada<sup>1</sup>, el subtítulo (la odisea de Pedro de Urdemalas) y se considera probable autor a Juan de Ulloa Pereira. Esta obra, en su primera edición de 1905<sup>2</sup>, fue atribuida a Cristóbal de Villalón, decisión puesta en duda en la segunda edición<sup>3</sup>. Marcel Bataillon, durante más de cuarenta años, volvió una y otra vez a aportar datos que aventuraban la identidad del autor del *Viaje*. En 1937, año de la publicación de *Erasme et l'Espagne*<sup>4</sup>, propuso al doctor Laguna como autor, lo que seguía manteniendo en 1958<sup>5</sup>. Puede conocerse el debate acerca de la personalidad del autor tanto en la edición manejada para el presente estudio como en la edición de 1982 de *El Crótalon*<sup>6</sup>.

Si bien no es nuestro cometido tomar posición en esta cuestión, sí afecta a nuestro propósito el carácter más o menos autobiográfico de las andanzas de Urdemalas. Pedro les dice a sus interlocutores: «las condiciones y costumbres de turcos y griegos os contaré» (III, 128). Éstos deseaban oír la narración; Mata había dicho: «Juan de Voto a Dios podrá quedar tan docto que pueda hablar donde quiera que le pregunten como testigo de vista» (III, 127). Al final de ese día, cuando Pedro se ha retirado a descansar, Juan y Mata hablan acerca de la veracidad de lo que han escuchado. Nos interesa en especial esta opinión de Juan: «haber visto tantas diversidades de regiones, reinos, lenguajes, complejiones» (XIV, 379). La variedad de lenguas mencionada no está propiciada sólo por el itinerario de Pedro; la favorece también el camino jacobeo en el que se reúnen los tres amigos. Dice Juan: «por gozar de la diversidad de las gentes, variedad de naciones, multitud de lenguas y trajes que Señor Santiago nos da

<sup>1</sup> Madrid, Cátedra, 2.<sup>a</sup> ed., 1985, ed. de F. García Salinero. Indico número de capítulo y de página; abrevio el nombre de los personajes: Juan, Mata, Pedro.

<sup>2</sup> Madrid, NBAE, II, 1905, págs. 1-149, ed. de M. Serrano y Sanz.

<sup>3</sup> Madrid, Calpe, 1919, ed. de A. G. Solalinde.

<sup>4</sup> M. BATAILLON, *Érasme et l'Espagne, Paris, 1937 (trad. española de A. Alatorre, 2.<sup>a</sup> ed., México-B. Aires, FCE, 1966, págs. 660-661)*.

<sup>5</sup> M. BATAILLON, *Le Docteur Laguna auteur du «Voyage en Turquie»*, Paris, Librairie des Éditions Espagnoles, 1958.

<sup>6</sup> C. DE VILLALÓN, *El Crótalon*, Madrid, Cátedra, 1982, ed. de A. Rallo.

por huéspedes en este su peregrinaje (I, 99). Deducimos que el autor del *Viaje de Turquía* es consciente de que la lengua es un patrimonio colectivo, cambiante según los marcos geográficos, culturales y políticos. Que esta lucidez provenga de su formación humanística o, mejor, que la tuviera vasta o somera puede rastrearse en el texto. Por ahora, nos limitaremos a comprobar los datos referentes al conocimiento de Pedro del latín y del griego. El primer dato procede de la conversación entre un médico judío y Pedro. El judío quiere hablar en español; Pedro propone hacerlo en latín o en griego. El médico reconoce no conocer esas lenguas, de lo cual se alegra Pedro (VI, 171). Segundo dato: cuando huye a Grecia, al Monte Santo (Monte Athos), Pedro está tranquilo: «donde tantos fraires hay, no es menos sino que les agradaré con mis pocas letras griegas y latinas» (X, 267). En efecto, así aborda al papa Nicola: «començele de hablar en griego, latino y cosas de letras» (XI, 281). Hay una tercera referencia, muy interesante: Pedro lee (o recita de memoria) un documento diplomático del Dux de Venecia a su amo, fechado en 1554 y redactado en latín. La reacción de Mata es inmediata: «Yo no veo nada ni entiendo esa gerigonza si no habláis más claro» (XXI, 462). Su arrogancia trae a la memoria numerosas reacciones del mismo tipo en personajes rústicos de la literatura española<sup>7</sup>. Queremos indicar que también en este punto, si Pedro posee o no unos conocimientos humanísticos, hay desacuerdo entre los estudiosos del *Viaje*<sup>8</sup>.

Para llevar a cabo este trabajo hemos partido de la base de que tanto si estamos ante un texto realmente autobiográfico como ante un texto cuyo autor «imitó, copió y transcribió párrafos enteros de diversas obras que tratan de Turquía y los turcos»<sup>9</sup> nuestra postura puede ser la misma. No importa que Pedro estuviera cautivo tres o cuatro años (III, 121), que fuera uno más entre los setecientos esclavos (V, 156); esas cifras podrían ser falsas o, incluso, no haber existido cautividad. Lo realmente interesante, en nuestra opinión, es que en la narración se cite a un cautivo que «había muchos años que estaba allí» (IV, 133), a un hidalgo de Arévalo «que había quince años que era cautivo» (IV, 158-159). Porque esos hechos sí determinan un contacto de lenguas perdurable y efectivo. Ya sea a través de la memoria o de una creación fantasiosa, ante los ojos del lector desfilan espías griegos que llevan a los cristianos hasta el límite del imperio otomano (X, 253), mujeres moriscas «que de Aragón y Valençia se huyen cada día con sus maridos y haciendas de miedo de la Inquisición» (XIX, 451), un barbero portugués (IV, 147; VI, 173) compañero de galera de Pedro; griegos y armenios instalados en Constantinopla (XXIII, 487);

<sup>7</sup> F. WEBER DE KURLAT, «Latinismos arrusticados en el sayagués», *NRFH*, I, 1947, págs. 166-170; L. B. BUCKLIN, «Some Spanish Words derived from the Roman Liturgy», *HR*, XXV, 1957, págs. 50-52; J. MOLINA, «El latín, recurso de humor en el Quijote», *Estudios dedicados al profesor M. Baquero Goyanes*, Murcia, 1974, págs. 273-284.

<sup>8</sup> A. G. Solalinde (Madrid, Calpe, 1919, pág. 5) habla de «algunos conocimientos médicos, la práctica de ciertos idiomas...». Opinión diferente sostienen L. GIL y J. GIL, en «Ficción y realidad en el 'Viaje de Turquía' (glosas y comentarios al recorrido por Grecia)», *RFE*, XLV, 1962, pág. 158: «En clara discrepancia con Bataillon, creemos haber demostrado que nuestro amigo, aparte de tener un interés harto menguado por el mundo antiguo, poseía una cultura clásica muy precaria.»

<sup>9</sup> Son palabras del autor de la edición manejada, en *Justificación*, pág. 36.

un médico judío catalán (xvi, 411); un paje de la Sultana, genovés y capado (ix, 252), gitanos taimados (vi, 192) y húngaros que mueren en la cruz (ix, 240). Y, ante todo, muchos judíos y cristianos renegados. Gente, toda ella, que habla turco y, en consecuencia, «entendían la una y la otra lengua y lo que acá y allá se usa» (vi, 169), «hartos hay allá que sepan las dos lenguas» (vi, 174). Hay, pues, una gran mescolanza idiomática: «se hablan las lenguas de la Iglesia Romana, como italiano, alemán y úngaro, y español, tan común como acá» (ix, 248) de la que Pedro es testigo, por ejemplo, con ocasión de visitar a una señora, a la que acompañan otras damas: «unas me hablaban turquesco, otras griego, otras italiano, y aun algunas fino español» (xix, 451). El mismo narrador se muestra inmisericorde con los dotes lingüísticos de los popes griegos: «De diez partes las nueve no saben leer ni escribir, gramática griega de mill uno, y aquélla bien poca» (xi, 288), de los griegos en general: «Ni en Athenas ni en toda Greçia hay escuela ni rastro de haber habido letras entre los griegos, sino la gente más bárbara que pienso haber habido en el mundo» (xii, 317). El mismo juicio le merecen los turcos: «algunos hay que saben arábigo y leen Abizena, pero tampoco entienden mucho. Turcos y griegos no saben letras» (vi, 171).

Un aspecto puesto de relieve y comentado por M. Bataillon<sup>10</sup> es el deseo de precisión que manifiestan los tres amigos en diferentes ocasiones. En primer lugar, al hablar de las idas y venidas de Juan a Jerusalén, Pedro le pregunta: «Pues ¿cómo os entendían vuestro lenguaje?», y Juan responde: «Hablabo yo griego y otras lenguas» (iii, 122). En segundo lugar, al comentar Pedro su trabajo en la demolición de casas para la construcción de unos palacios. Un turco le preguntó de qué le habían aprovechado la filosofía, la elocuencia, la medicina. Él contestó que para saber sufrir los días trabajosos. Juan corta esas profundas reflexiones con la pregunta: «¿Y en qué lengua?» Pedro contesta: «En esta propia» (vi, 188). La tercera vez, al evocar Pedro una discusión entre él y los médicos judíos del Bajá acerca de las propiedades curativas de unas plantas. Pedro está diciendo: «y díxeles: señores...», cuando Mata lo interrumpe con: «¿En qué lengua?» Pedro satisface su curiosidad pero reemprende su discurso: «En turquesco, que nunca Dios me faltaba; no por vía de disputa ni de contradiezir cosa que haréis sino para saber: ¿esas yerbas (...)?» (viii, 216). La cuarta y última pregunta surge al explicar Pedro su huida a Grecia. Dice: «preguntáronme de dónde venía; digo: Constantinopla», e interviene Juan: «¿En qué lengua?» Pedro le aclara: «Quándo griego, quándo turquesco, que todo lo sabían» (x, 258). Y tras esto, sigue contando lo que le dijeron.

Este prurito, a nuestro modo de ver muy sugestivo, de precisar en qué lengua se mantuvieron esos diálogos es paralelo al detalle con el que el lector va recibiendo información acerca del aprendizaje lingüístico del protagonista.

Pedro está en la galera desde hace sólo un mes cuando cae al mar una sortija de plata que los turcos usan a modo de sello en las cartas. Pensando que Pedro la esconde, llegan a meterle el dedo en la boca, y acaban llamando al guardián mayor de los esclavos. El destino de Pedro parece trazado, pues no podrá defenderse: «dieron como ellos quisieron la información de lo pasado, la qual podía ser sentencia y todo, porque yo no tenía quien hablase por mí, ni yo

<sup>10</sup> «Andrés Laguna auteur du 'Viaje de Turquía' à la lumière de recherches récentes», *BH*, LVIII, 1956, pág. 131.

mismo podía, porque no sabía lengua ninguna» (IV, 139). Más adelante, cuando Pedro lleva seis meses de médico de esclavos, su situación ha mejorado: «Al cabo destes seis tenía yo ya algunas letras y experiencia, que podía hablar con quien quiera, y fama que no faltaba» (VI, 168). En la etapa durante la cual goza de la confianza de Sinán Bajá, Pedro es llamado para salvar la vida de la sultana hija de Solimán. El progreso lingüístico es notorio: «sin esperar que el intérprete hablase, que ya yo barbullaba un poco la lengua, díxelo...» (VII, 197). Las dos frases que pronunció en turco fueron: «la otra mano dame, Sultana» y «tu lengua sácame, Sultana». La siguiente prueba de su progreso no se hace esperar. Sinán Bajá enferma y los médicos judíos lo tratan; Pedro intenta evitar que el Bajá tome un jarabe, interviniendo en turco: «ya yo comenzaba a hablar turquesco sin intérprete» (VIII, 209). Pero los médicos judíos se defienden: «Habla la lengua que entendemos. ¿Para qué habláis la que no sabéis? ¿Pensáis por ventura que los turcos os entienden?» (VIII, 209).

En dos ocasiones, Pedro atribuye a intervención divina su facilidad para expresarse en turco: «cierto milagrosamente me socorría Dios con vocablos, porque ninguno ignoraba» (VIII, 209), «En turquesco, que nunca Dios me faltaba» (VIII, 216). La segunda cita corresponde a la escena en la que Pedro, ante la incredulidad de los médicos judíos del Bajá, se compromete a encontrar y proporcionarles sentabra (ruipóntico). Entre otras cosas asegura: «por virtud del carácter del bautismo sé las lenguas todas que tengo menester para confundiros» (VIII, 217-218). De hecho, en este momento Pedro dice saber la lengua. No sólo eso, reconoce que saberla le vale de mucho: «Vino la privança a subir tanto de grado y estar todos en casa tan bien conmigo, como ya sabía la lengua, que...» (VIII, 218). Transcurre el tiempo y su posición como hombre de confianza del Bajá va afianzándose. Pedro habla de sus muchos amigos, y este hecho da que pensar a sus interlocutores. Reproduzcamos la conversación:

Mata: ¿No os aprovechastes de nada en esos tiempos?

Pedro: Sí, y mucho; depredé muy bien la lengua, turquesca y italiana, por las quales supe muchas cosas que antes ignoraba, y vine por ellas a ser el christiano más pibado que después que hay infieles jamás entre ellos hubo.

Mata: ¿No digo yo sino de algunos dineros para rescataros?

Pedro: ¿Qué más dineros ni riqueza quiero yo que saber? Éstas me rescataron, éstas me hizieron privar tanto que fui intérprete dellas con Cinán Baxá, de todos los negocios de importancia dellas, y aún con todo se están en pie, y los dineros fueran gastados» (IX, 246). La moderación de que aquí da muestra Pedro hace pensar en «la estoica virtud interior» del peregrino, héroe novelesco de la Contrarreforma<sup>11</sup>.

En cuanto al conocimiento de otras lenguas, hay una sola indicación sobre el húngaro, en el momento en el que Juan le pregunta si ese húngaro, condenado, murió cristiano. Pedro responde: «Yo no entendí su lengua» (IX, 240). Muy curiosas son las referencias al griego. Ya hemos visto que Pedro posiblemente tiene conocimientos de latín y de griego clásico. ¿Aprendió el griego de la época durante los años que estuvo en Constantinopla? En su huida no parece que el tema de la lengua le preocupe: «Eranme a mí tan fáciles estas

<sup>11</sup> A. VILANOVA, «El peregrino andante en el 'Persiles' de Cervantes (1949)», *Erasmus y Cervantes*, Barcelona, Lumen, 1989, pág. 386.

cosas, como sabía la lengua griega, que no era menester más de media vez que me lo dixeran» (x, 256), «Yo sabía tan bien la lengua» (x, 254), «me vieron hablar tan bien y tan osadamente su lengua» (xii, 299). De todos modos, muy seguro no estará de sí mismo desde el momento en que se hace pasar por nativo de Quios «porque si acaso hablase alguna palabra que no pareciese griego natural no se maravillasen, por respecto que en aquella isla se habla también italiano, y todos los griegos lo saben» (x, 272). Pedro considera útil el conocimiento de las lenguas: «yo les tenía buena conversaçión y ellos a mí, como sabíamos bien las lenguas» (x, 261); por lo tanto, se irrita al ver que su compañero de fuga, turco casado con una griega de Rodas, confunde la voz de saludo *Metania* con *Asthenia*, hecho que puede costarles la libertad o la vida. Así le reprocha: «¿Pues una sola palabra que nos ha de salvar o condenar, no sois para depren-der?» (x, 256). Lo cierto es que Pedro se ufana de su conocimiento del griego, pero al lector le queda la duda de si no será una prueba de esa «afición a la superchería y al disimulo» que M. Bataillon reconoce como un rasgo de carácter del doctor Laguna<sup>12</sup>, dado que su explicación del alejamiento del griego del xvi del griego clásico es algo rudimentaria (pág. 318). Se habla de la lengua latina que «vino después a barbarizarse y corromperse, y quedó ésta, que tiene los mismos vocablos latinos, mas no es latina» (xii, 318), sumándose así el del *Viaje de Turquía* a los «testimonios de aquella época en los que se adopta igualmente la teoría de la corrupción de los humanistas vulgares italianos»<sup>13</sup>. Es una postura diferente de la que adopta el Licenciado Villalón en la *Gramática Castellana* publicada en Amberes en 1558: «Y por esto dizen todos, que las lenguas Hebrea, Griega y Latina son de más perfeçion, lo cual me lastimo tanto que de afrenta enmudeçi: maravillandome de tanto varon cuerdo y sabio que ha criado esta Castilla con su lengua natural no huviessen intentado restituirla en su honra»<sup>14</sup>.

En la comunicación de Pedro con los turcos juega un papel fundamental el intérprete, como lo estaba haciendo, por los mismos años, en el Nuevo Mundo<sup>15</sup>. Ya vimos cómo Pedro temió por su vida cuando estaba en la galera, sin entender ni poder darse a entender. Ahora bien, a partir del inicio de su reconocimiento social, cuando los médicos del Bajá lo mandan llamar, su amo «comenzó a contar su enfermedad por uno de los intérpretes» (vi, 169); durante esa escena hay unos roces entre el médico judío y Pedro: «El Baxá se hazía decir todo lo que pasaba, de los intérpretes» (vi, 172). Las visitas de Pedro al Bajá debieron de menudear, y con ello aumentó su fama. En una ocasión, lo llama el proveedor de la armada e «hizo a mi intérprete, que yo me traía, que me dixese que...» (vii, 173). Por vez primera encontramos ese *mi* posesivo. También lo oyen sus interlocutores, que no dudan en preguntar: «¿Vuestro patrón os dio

<sup>12</sup> M. BATAILLON, «Sobre el humanismo del doctor Laguna (1963)», *Erasmus y el erasmismo*, Barcelona, Crítica, 1977, pág. 325.

<sup>13</sup> W. BAHNER, *La lingüística española del Siglo de Oro*, Madrid, Ciencia Nueva, 1966, pág. 75.

<sup>14</sup> Edición de C. García, Madrid, CSIC, 1971, págs. 5-6.

<sup>15</sup> F. DE SOLANO, «El intérprete: uno de los ejes de la aculturación», *Simposio hispanoamericano de indigenismo histórico*, Terceras Jornadas americanistas de la Universidad de Valladolid, 1975.

intérprete o era menester buscarle cada vez?», cuestión que quizá desazona a algún lector, ansioso de verosimilitud. Pedro contesta: «Uno de los que me guardaban sirvía deso y desotro» (vii, 174). Que el intérprete está presente en situaciones importantes o comprometidas lo demuestra el hecho de que actúa como mediador en la ocasión en la que el Bajá intenta que Pedro reniegue de su fe (vi, 177), o incluso una vez que el Bajá desea pedirle perdón a Pedro, y lo hace por medio del intérprete (vii, 195). Como es lógico, así que Pedro es capaz de hablar en turco, prescinde del intermediario: «sin esperar que el intérprete hablase, que ya yo barbullaba un poco la lengua, díxele: ...» (vii, 197), «Yo, de puro agudo, pensando saber la lengua, no quise esperar a que el intérprete hablase por mí» (xxii, 480). Mucho no sabría Pedro cuando los médicos del rey «començaron a descoser contra mi tanto en turquesco» (vii, 198). Más adelante da la sensación de que el intérprete sólo interviene en momentos de apuro: «un paje desta Soltana, ginovés, que había sido de Çinán Baxá capado, que yo quando no sabía la lengua era mi intérprete, dixo» (ix, 252).

La dificultad del aprendizaje lingüístico, la multiplicidad de lenguas habladas en Constantinopla —a la que se ve enfrentado Pedro—, la situación de los extranjeros que permanecen cautivos durante años o bien se asientan en territorio otomano, constituyen magníficos pretextos que el autor del *Viaje* aprovecha para crear situaciones de comicidad.

Quiero destacar una conversación mantenida entre Pedro, Mata y Juan. Hablando de ciertos compañeros cristianos de galera, dice Pedro: «Como en fin son de baxa suerte y entendimiento, aunque estén allá mill años, no deprenen de la lengua más de aquello que aunque les pese, por oírlo tantas vezes, se les encasqueta de tal manera que por cada bocablo ytaliano que deprenen olvidan otro de su propia lengua. A cabo de tres o quatro años no saben la suya ni la ajena sino por ensaladas» (iv, 141-142). A partir de este momento, se sucede la narración de varias historias: la del que vuelve de Aragón y ya no pide un médico, sino que «le portasen el menge» (ix, 142), la del que regresa de Francia y contesta así a su madre, que le pregunta si quiere huevos y vino: «Mames, parleu bus a Pierres, e Pierres parlara a moi, que chi non so res d'España» (ix, 143), la del español que al posadero italiano lo llama 'Madono', y le ordena «porta menjar» (ix, 144). En estas anécdotas se ridiculizan las 'ensaladas' y 'salpicones' de lenguas que se dan con tanto ir y venir, cambiar de lengua y acabar perdiendo la propia. Y, como vemos, los tres amigos se mofan tanto de los que van por el extranjero como de los que se trasladan dentro de España. En la segunda parte del *Viaje*, en el capítulo destinado a describir cómo comen los turcos, Pedro les cuenta a Mata y a Juan que un sultán dijo que no tenía 'truhanes' que le divirtieran, pues él se reía más ante cualquier moro o cristiano que estuviese empezando a hablar turco. Interesante el comentario que añade el propio Pedro: «tubo grande raçón, porque çiertamente, como la lengua es algo oscura y tiene palabras que se paresçen unas a otras, no hay vizcaíno en Castilla más graçioso que uno que allá quiere hablar la lengua» (xxii, 480). Como ejemplo, aduce su propia experiencia. Ante un grupo de damas, pensando decir «azúcar», había dicho algo inconveniente, y las damas se

quedaron «muertas de risa» (xxii, 480). Es sabido que el habla de los vizcaínos, como la de los negros, gitanos, etc., es presentada de modo ridiculizado en la literatura española<sup>16</sup>.

El autor del *Viaje* no prodiga estas cortas escenas cómicas basadas en la incompreensión por parte de un personaje de palabras dichas por su interlocutor en otra lengua, pero lo cierto es que la novela casi empieza con una (I, 106-107-108). Este tipo de juego verbal, basado en un parecido fónico, es usado por Lope de Rueda, cuyas obras se publicaron póstumamente en 1567 aunque venían representándose<sup>17</sup>, y por Cervantes en *Don Quijote*<sup>18</sup>. De un error de confusión se deriva un efecto cómico: el lector u oyente se ríe de la torpeza del personaje.

En el *Viaje de Turquía* están expuestas no pocas opiniones lingüísticas. Es notable, por ejemplo, la insistencia con la que se reconoce la importancia de la pronunciación de las lenguas. Por una parte, que la pronunciación delata a alguien como nativo: «en un bocablo muy presto se descubre no serle natural la lengua» (x, 269-270). Por otra, que lo más importante es pronunciar bien. Ante la contundencia del juicio de Mata: «El pronunciar es lo de menos»; replica Pedro: «... ninguna cosa hay para entender las lenguas y ser entendido más necesaria y que más importe que la pronunciación» (xii, 319). También se dice que el dominio de una lengua implica su uso. El *Viaje* contiene ideas de una didáctica de lenguas completamente al uso, como ha sido puesto de relieve<sup>19</sup>.

Llama la atención del lector el desprecio de Pedro por los griegos: «El más prudente de todos es como el menos de la tierra de Sayago» (xii, 317). Los habitantes de esa comarca zamorana llegaron a adquirir una fama tal de toscos en su expresión lingüística en castellano que trascendió como prototipo de ineficacia. Autores como Lucas Fernández o Sánchez de Badajoz usaron sistemáticamente esa manifestación, deformándola, hasta convertirla en fuente de comicidad. Hay abundantes y notables estudios<sup>20</sup>.

Por último destacaremos los comentarios expuestos sobre Antonio de Nebrija (xiii, 360, 361 y 362). Se critica la dificultad de las voces latinas que propone, se discute si todavía se lee su gramática. Pedro es brutal: «Agora digo que no me maravillo que todos los españoles sean bárbaros, porque el pecado original de la barbarie que a todos nos ha tenido es esa arte» (xiii, 361). También se refiere a que hay otros caminos para aprender el latín «tienen otras mil artes muy buenas... De Herasmo<sup>21</sup>, de Phelipo Melanthon, del Donato» (xiii, 362).

<sup>16</sup> L. SANTOS DOMÍNGUEZ, *Las hablas marginales en la literatura española: morisco, vizcaíno y guineo* (tesis doctoral), Universidad Complutense de Madrid, curso 1982-83.

Son conocidos los trabajos: M.<sup>a</sup> R. LIDA, «El fanfarrón en el teatro del Renacimiento», *RPh*, xx, 1957-58, págs. 268-291; J. E. GILLET, «Notes on the Language of the Rustics in the Drama of the Sixteenth Century», *Homenaje a Menéndez Pidal*, I, 1925, págs. 443-453.

<sup>17</sup> E. VERES d'OCON, «Juegos idiomáticos en las obras de Lope de Rueda», *RFE*, 34, 1950, págs. 195-237.

<sup>18</sup> A. ALONSO, «Las prevaricaciones idiomáticas de Sancho», *NRFH*, 2, 1948, págs. 3-27.

<sup>19</sup> G. TÉLLEZ, «Ideas didácticas de la obra de Villalón, 'Viaje de Turquía'», *Revista de Segunda Enseñanza* (Madrid), iv, 1926, págs. 33-37.

<sup>20</sup> CH. STERN, «Sayago and Sayagués in the Spanish History and Literature», *HR*, xxix, 3, 1961, págs. 217-237; M.<sup>a</sup> C. BOBES, «El sayagués», *Archivos Leoneses*, 44, 1968, págs. 383-402; A. MOREL FATIO, «Notes sur la langue des *Farsas* y *Églógas*», *Romania*, x, 1881, págs. 239-242; J. LIHANI, «Some Notes on Sayagués», *Hispania*, xli, 1958, págs. 165-169.

<sup>21</sup> El blanco de estas críticas no parece ser tanto la *Gramática de la lengua castellana* (Salamanca, 1492) como posiblemente las *Introductiones latinae* (Salamanca, 1481), muy

Como se ha visto, el *Viaje de Turquía* contiene una atrayente información de las peripecias que se derivan de estar en tierras extrañas y necesitar entender y procurar ser entendido. Al mismo tiempo, es rico en opiniones sobre las lenguas, su evolución y su aprendizaje. Tanto si la narración responde a una experiencia real del autor como si es una mezcla de imaginación y de datos tomados de fuentes variadas, el hecho es que, a través de esas referencias, se dibuja una notable conciencia lingüística<sup>22</sup>.

---

conocidas por el título de otra edición, *Introductiones in latinam grammaticam*. Son de interés las páginas que F. Rico les dedica en *Nebrija frente a los bárbaros*, Universidad de Salamanca, 1978, pág. 41. Pero también su gramática castellana fue denostada por los que creían en la norma toledana. Ver el *Diálogo de la lengua*, de JUAN DE VALDÉS (Madrid, Castalia, 1976, págs. 46, 75, 80, 87 y 114). Información complementaria se encuentra en E. ASENSIO, «Juan de Valdés contra Delicado. Fondo de una polémica», *Homenaje a Dámaso Alonso*, Madrid, Gredos, I, 1960, págs. 101-113.

<sup>22</sup> ERASMO publicó en 1528 su *De recta Latini Graecique sermonis pronuntiatione... Dialogus* (I. ERRANDONEA, «¿Erasmus o Nebrija?», *Emerita*, XIII, 1945, págs. 65-96).